

Reseñas

fenicio en la formación de la religión ibera, sobre todo en dioses, santuarios y rituales; en el siguiente se trata el legado cartaginés en la Hispania prerromana y en el tercero de ellos de nuevo el impacto de la religión fenicia y cartaginesa en la religión ibera, en el que se hace un extenso estudio de dioses y santuarios.

De los cuatro últimos trabajos, tres están dedicados a temas más lúdicos como son las danzas sagradas de Ilici, algunas de ellas de claro origen fenicio; la música y la danza en los pueblos prerromanos de la Península Ibérica que aparecen relacionadas con numerosos rituales religiosos; y los combates gladiatorios en la Península Ibérica encuadrados dentro del marco de rituales funerarios. Finalmente un estudio en el que se recogen las últimas aportaciones a las religiones ibéricas.

Javier Cabrero

GARCÍA QUINTELA, M. V., *Mitología y mitos de la Hispania Prerromana, III*, prólogo de J.C. Bermejo Barrera y apéndice de P. Ramil Rego y C. Fernández Rodríguez, Akal Universitaria, Madrid, 1999, 375 p.p.

La primera advertencia que debo hacer al presentar esta obra deriva de la distancia que existe entre su título y su contenido. El número III que completa el título del libro hace referencia a su inserción en una serie de trabajos producidos por una línea de investigación concreta en el campo de la historia antigua. El responsable del comienzo de dichos estudios y autor del primer libro de la serie es el encargado de prologar la obra que nos ocupa. El profesor Bermejo Barrera explica en el prólogo que el fin de estas investigaciones no es el estudio de los mitos sino «la reconstrucción de las sociedades y el pensamiento de la Antigüedad» (p. 8), integrando de esta manera los estudios de historia antigua y de historia de las religiones. Además, el autor hace una pertinente descripción del desarrollo de ambas disciplinas en España, para contextualizar la aportación metodológica de la línea de investigación presentada. Queda claro, por lo tanto, después de la lectura del prólogo, que el título puede parafrasearse como «empleo de las fuentes mitográficas para reconstruir nuestro conocimiento de la Hispania Prerromana».

Sin embargo G. Quintela no aborda directamente su tarea «reconstructora», sino que dedica la primera parte del libro (los tres primeros capítulos) a la presentación de una nueva vía metodológica que pretende esquivar las dificultades intrínsecas al conocimiento de pueblos de documentación escasa y mayoritariamente ajena. La clave de su propuesta, que él denomina «conocimiento excéntrico», está, en mi opinión, en la «interdisciplinariedad», aunque el autor rechaza el término por el desgaste que ha sufrido (p. 46). Después de revisar todos los métodos tradicionalmente empleados para el estudio de la historia, G. Quintela concluye que mediante el conocimiento excéntrico podemos hacer decir a los textos que conservamos mucho más de lo que han dicho hasta ahora. Se trata de una superación de los métodos positivistas y de la técnica de la *Quellenforschung* mediante las aportaciones de la reciente estética de la percepción y el cuestionamiento de los límites aceptados entre los géneros literarios, es decir, evitando que la definición de

género literario sea un prejuicio para el investigador que analiza el contenido de los textos. Teniendo en cuenta que para la reconstrucción de las sociedades antiguas debemos aceptar la validez de cualquier criterio de identificación —etnia, lengua, religión, costumbres...— y que es necesario rescatar lo que hay de verdad en los discursos etnocéntricos con los que griegos y romanos describen a sus vecinos, el autor defiende la utilidad de relacionar modelos y métodos filológicos, arqueológicos, antropológicos, sociológicos, psicológicos, etc. Por otra parte, para llegar a una correcta síntesis de los datos así obtenidos, el autor afirma que es inevitable someterlos al análisis comparativo «de casi todo con casi todo» (p. 49). Esta comparación, en el caso que nos ocupa, se realiza entre las características de los pueblos de la Hispania Prerromana y las de los pueblos celtas o del resto de los pueblos indoeuropeos, empleando para ello el esquema planteado por la teoría dumeziliana de la trifuncionalidad. De este modo G. Quintela justifica la adopción de dicha teoría como eje fundamental de todo su estudio.

Me gustaría destacar tres de los temas de esta primera parte. En primer lugar me parece muy sugerente la relación establecida entre el concepto semántico de «bárbaro» y el concepto psicológico del «Otro» como punto de partida para el empleo de las fuentes griegas y romanas que hablan de los pueblos de la Península. Por otra parte, G. Quintela elabora una completa revisión de la historiografía de la Hispania Prerromana desde J. Costa hasta nuestros días. Y en tercer lugar, resulta sorprendente la defensa que el autor emprende de la figura de Dumezil mediante la invalidación detallada de cada uno de los argumentos que los detractores de este autor han empleado para relacionarle a él personalmente, y por lo tanto su teoría, con el nazismo. Sin duda la información recogida al respecto es valiosa y necesaria, pero quizás excesiva en el marco de una publicación de estas características, donde, en cambio, se echa de menos una exposición más exhaustiva de los motivos por los que la teoría dumeziliana debe seguir siendo empleada en este tipo de estudios.

Quizá sea en esta primera parte de exposición teórica donde más se agradece la claridad de estilo que caracteriza el libro de G. Quintela y la conveniencia de los ejemplos que ilustran cada argumento, todo lo cual sin duda deriva del origen académico de estas reflexiones.

El resto del contenido de la obra se estructura en otras cuatro partes:

— La segunda parte (capítulos 4-8) comienza con una aproximación a los productores de la Hispania Prerromana, en alusión a la tercera función. El autor presenta un estudio de las costumbres alimenticias de los pueblos peninsulares prerromanos para negar que su pobreza pueda aceptarse como la causa que movía a los romanos a introducir en dichos pueblos elementos «civilizadores». Desde la perspectiva planteada ahora la voluntad romana no habría sido otra que la de reorganizar el sistema de relaciones políticas indígenas para asegurarse el control del territorio conquistado. Como un reflejo de la estructura trifuncional debemos entender, según el autor, la distribución de la población en celtíberos, vacceos y lusitanos propuesta por Diodoro Sículo. Por otra parte, la división del territorio en cinco partes, la narración del poblamiento del noroeste peninsular y la del fin de la campaña de D. Junio Bruto ante el Promontorio Sacro, según las noticias de Estrabón o Floro, le sirven al autor para reflexionar acerca del camino que han seguido los

Reseñas

mitos indígenas hasta llegar a las páginas de los geógrafos e historiadores griegos y romanos, de los cuales depende nuestro conocimiento de los pueblos estudiados. Para que ese conocimiento sea correcto, necesitamos, por lo tanto, hallar la clave que nos permita desandar ese camino dotando los textos mitológicos de sentido histórico.

— La tercera parte (capítulos 9-11) se ocupa de la realeza. No hay testimonios de esta institución entre los pobladores peninsulares. Pero el hecho de que Viriato no cometa los tres pecados del guerrero, la comparación del texto de sus bodas con paralelos romanos e irlandeses o la relación con Rómulo que establece Floro, lleva a G. Quintela a la conclusión de que la ideología de la realeza entre los lusitanos puede rastrearse en la leyenda elaborada sobre el personaje histórico de Viriato: «los ideólogos lusitanos pudieron recurrir a una mitología presente entre ellos y adaptarla a mayor gloria de su jefe en una situación evidentemente crítica para toda la comunidad» (p. 221). Estamos por lo tanto ante uno de los ejemplos más claros de los límites difusos que se tienden entre mitología e historia en las sociedades prerromanas.

— En la cuarta parte (capítulos 12-13) se estudian los sacerdocios y los sacrificios. El autor demuestra en estos capítulos que los romanos no son los únicos que han conservado la estructura sacrificial indoeuropea en el área occidental, como creía Dumezil. A partir de los textos analizados, García Quintela rastrea la tradición común indoeuropea que los lusitanos habrían elaborado de forma autónoma. De la misma manera concluye que carecemos de argumentos definitivos para negar la existencia de una institución sacerdotal entre los indoeuropeos de la Península Ibérica. El resultado de todos estos análisis es la atribución al pueblo lusitano de las mismas pautas religiosas y culturales de sus propios conquistadores y la consiguiente eliminación de la imagen de pobres e incultos salvajes que dicho pueblo ha presentado tradicionalmente en los estudios historiográficos de la Península Ibérica (pp. 241-2).

— La quinta y última parte (capítulos 14-15) presenta el carácter bélico de las sociedades estudiadas y la organización de sus guerreros, segunda función dumeziliana. En el capítulo 14 el autor hace hincapié en la necesidad de superar los prejuicios vertidos en los textos que describen situaciones de conquista, tanto para conocer la sociedad conquistada, como al responsable de la conquista. En este sentido es ilustrativa la comparación de las diferentes valoraciones que los historiadores han hecho de Galba y de Catón. La conclusión del capítulo 15 queda bien resumida en esta frase del autor: «está fuera de dudas la hegemonía de los guerreros y su ideología sobre el conjunto de la sociedad» (p. 295).

El resultado final arroja una cautelosa descripción trifuncional de las sociedades de la Hispania Prerromana. En este punto debemos recordar que el peligro de toda comparación radica en la intención de buscar en el objeto de estudio las características de los paralelos empleados, intención que a veces supone un condicionamiento pernicioso para la investigación. En este caso el peligro queda anulado por el talante abierto que el autor ha querido imprimir a su obra, formulando sus conclusiones como parte de un proceso de conocimiento, proceso que, en su opinión, debería ser la clave de la enseñanza de la historia: «no pretendo tanto tener razón [...] como ofrecer lecturas e interpretaciones alternativas a las vigentes» (p. 12).

Reseñas

Es importante también destacar la coherencia del conjunto del trabajo, manifestada por la aplicación rigurosa del método propuesto. Ya he señalado algunos de los puntos en los que el autor recurre al análisis filológico y a la comparación para extraer sus conclusiones de los textos estudiados. Desde la estética de la percepción, por otra parte, debe leerse el análisis que G. Quintela plantea de las descripciones que Polibio y Estrabón nos transmiten de las costumbres culinarias lusitanas (pp. 118-20) refiriéndose a la actitud que cada uno de los autores pretendía despertar entre sus lectores. A su vez, los análisis mitológicos de los capítulos 7 y 8 son especialmente atractivos. Y es sin duda ese mismo afán de interdisciplinariedad lo que explica la inclusión del «Apéndice sobre la explotación de los recursos alimenticios en el noroeste ibérico», elaborado por dos especialistas en la materia.

Queda, para concluir, hacer una breve referencia a los aspectos ajenos al contenido de la obra. En este sentido creo necesario llamar la atención sobre la frecuente omisión de caracteres en la escritura de algunas palabras, lo cual adquiere cierta importancia cuando se trata de nombres propios cada vez más extraños para los posibles lectores de la obra. Debido a esa misma lejanía de los lectores con respecto a las lenguas clásicas, quizá podrían haberse traducido al español las pocas citas que carecen de traducción. Ni habría supuesto un lastre para la obra, ni una excesiva cesión al desconocimiento de dichas lenguas. Por último, se agradecen el glosario, la cronología y los diversos índices que completan el volumen. En cuanto al glosario, no obstante, me gustaría hacer dos precisiones: a) en mi opinión debería incluir al menos una breve definición de algún otro término empleado a lo largo de la obra como *confarreatio*, *devotio* o *evocatio*, y de algún otro autor como Dionisio de Halicarnaso; b) resulta especialmente confuso el lema que parece identificar a celtas y galos y que, además, no hace referencia, entre las fuentes, a los propios documentos galos, celtibéricos o lepónticos, que, a pesar de su brevedad, no son desdeñables en estudios de estas características, como el mismo autor demuestra en la p. 272.

Para terminar la presentación de esta obra quiero rescatar la reflexión que G. Quintela apunta en una de sus páginas acerca de la posibilidad de aplicar los métodos del «conocimiento excéntrico» al conocimiento del «Otro» en nuestro mundo, igual que él trata de hacerlo en el mundo antiguo. Sin duda la depuración de prejuicios respecto del «bárbaro» no es más necesaria en los textos grecolatinos que en muchos de los estudios sobre el estado del mundo contemporáneo. Sería un error ignorar que la intención de eliminar el etnocentrismo de nuestro análisis de los textos clásicos puede constituir un prejuicio equivalente a las lecturas nacionalistas de los textos de Viriato, como queda claro en el capítulo 9. Pero es evidente, en cambio, que no todas las intenciones tienen la misma validez ética.

Juan José Carracedo Dovai